LA ÚLTIMA CONFIDENCIA DEL ESCRITOR HUGO MENDOZA

JOAQUÍN CAMPS

Planeta

Joaquín Camps

La última confidencia del escritor Hugo Mendoza

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Joaquín Camps Torres, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Fragmento de «No volveré a ser joven», *Poemas póstumos*, de Jaime Gil de Biedma
© Herederos de Jaime Gil de Biedma, 2014

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: enero de 2015
Depósito legal: B. 270-2015
ISBN: 978-84-08-13561-6
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

EL REGALO ENVENENADO

Ana abrió los ojos y en la oscuridad observó al despertador desmigajar los minutos en segundos con una lentitud desesperante: «6:46 AM. Viernes. 3-XII-2010». Aún no eran ni las siete de la mañana y ella ya estaba cansada de estar en vela. La ansiedad no le había dejado dormir en toda la noche. Llevaba ya varios días sin poder conciliar el sueño por culpa del ligero dolor que sentía en el bajo vientre cada vez que contraía, aunque fuese mínimamente, los músculos abdominales. El cirujano le recetó unos calmantes y le dijo que no debía preocuparse, aquello era perfectamente normal tras un aborto. No le dijo, sin embargo, nada sobre cómo tratar el inmenso vacío que sentía en sus entrañas, que era el auténtico responsable de su insomnio.

Giró la cabeza sobre la almohada y contempló entre tinieblas la silueta del ventanal. Gracias a la luz de las farolas de la calle, ayudada por los cortinajes de batista que colgaban del riel, aquella cristalera, templada hacía más de cien años, resplandecía en medio de la oscuridad como un fantasma cansado, sin fuerzas ya para asustar a nadie. Ana decidió levantarse y bajar a la cocina: si seguía dándole vueltas a la cabeza, la tristeza acabaría enrollándose alrededor de su cuello con demasiada fuerza, y tal vez la estrangulara definitivamente.

—Señora, qué madrugadora es usted. ¿Quiere que le prepare algo para desayunar? ¿Un café?

Lucrecia ya trasteaba con cuidado y sin hacer ruido para no despertar a nadie.

—No te preocupes, Lucre, sigue con lo tuyo, yo misma me apaño.

Se puso un tazón de leche, lo metió en el microondas para calentarlo y, mientras escuchaba al aparato ronronear, cogió de la alacena de los dulces dos galletas María Fontaneda.

«¡Madre mía, me he pasado con el micro!»

Al dar el primer sorbo a la leche sintió tal ardor en el estómago que creyó haberse tragado el sol de un bocado: el líquido estaba demasiado caliente, tendría que esperar un rato antes de poder bebérselo.

—Señora, yo voy arriba a hacer las camas. Si necesita algo, llámeme.

—Descuida, Lucre, descuida…

Ana cruzó el vestíbulo royendo las galletas y haciendo equilibrismos con las manos para recoger las migas a la vez que sostenía el tazón de leche. En cuanto entró en la biblioteca, la luz del amanecer, delgada como oreja de gato, le arañó los ojos forzándola a acurrucarlos. A pesar de eso, se escabulló tras los cortinajes que cubrían las cristaleras del mirador.

—Nieve…

Mordisqueó la palabra junto con un pedacito de María Fontaneda. Fuera, en las alturas, un cielo de color panza de burro le aplastaba la cara a Madrid. El jardín aparecía cubierto por un fino manto blanco, que, al llegar a la piscina, se deslavazaba en islitas de hielo, como si fueran ridículos icebergs de ir por casa. Ana se alegró, la nieve le gustaba. Era agradable intuir el frío mientras los pies desnudos se tibiaban gracias a la calefacción radiante que circulaba bajo el mármol del piso.

¡Dong, dong, dong, dong, dong, dong, dong!

Sobresaltada, giró la cabeza hacia la momia de un viejo reloj de pared que acumulaba años y nostalgia en un rincón de la sala. Su tañido, además de asustarla, había llenado con su gravedad muelle todo el espacio de la biblioteca, que pareció ensancharse por su culpa.

«Dios mío, aún son las siete.»

Faltaban tres horas para que se abriese el horario de visitas del hospital. Necesitaba descansar un poco antes de ir a ver a Antonio, quería tener la cabeza despejada para que él no notase nada. El día anterior su marido había despertado del coma, pero ella aún no se había atrevido a contarle lo del

aborto: todavía estaba muy débil para escuchar una noticia tan dura.

«Tengo que intentar dormir, no puedo seguir así…»

Cruzó la biblioteca dirigiéndose hacia el sofá chéster. El mueble, varado sobre el mármol blanco del piso y con su capitoné acolchado en piel negra, destacaba como si fuese un lunar en medio del rostro de una *geisha*.

«Tengo que intentar dormir un poco, debo descansar…»

Con ese mantra en la cabeza dejó el tazón sobre la mesa de café y se tendió en el sofá, acurrucándose y abrazando con fuerza un cojín contra el pecho. Ana contempló entre ensoñaciones cómo la negrura de la noche retrocedía con rapidez, atrincherándose tras los muebles, concentrándose en sombras alargadas ante las primeras embestidas del sol. Sin darse cuenta se quedó dormida. A las dos horas Lucrecia la despertó zarandeándola con suavidad.

—Señora, señora… El cartero ha traído un paquete para usted.

—¿Para mí?

—Sí, para usted. Perdone que la haya despertado, pero si no empieza a arreglarse, llegará tarde al hospital.

Ana se incorporó medio adormilada e inconsciente de que en la cara se le habían marcado los rectangulitos acolchados del sofá. Lucrecia tampoco creyó necesario advertirle de las marcas antes de abandonar la biblioteca, la señora no iba a recibir visitas esa mañana. Sobre la mesa de café vio el paquete junto al tazón de leche, ya completamente fría. Lo examinó con desconfianza. El envoltorio de papel de estraza llevaba pegada, junto a los sellos, una etiqueta con su nombre y dirección mecanografiados. Matasellos de Madrid. Sin remite.

—Qué extraño…

Rasgó el papel con cuidado. Una caja de zapatos Camper la miró indiferente. Al retirarle la tapa, se llevó una nueva sorpresa: frente a ella aparecía un folio en blanco, el primero de un taco de unos quinientos. Extrajo el mazo de hojas y lo depositó sobre su regazo, comprobando que no estaban encuadernadas y, excepto la primera, venían impresas a una cara. Retiró esa cuartilla inicial en blanco y se topó con un título:

Pan con chocolate. Sin autor. Pasó página y, completamente intrigada, empezó a leer.

«He desperdiciado mi vida esperando una llamada de teléfono que siempre supe que no iba a contestar. Y que nunca llegó. Como cualquier mujer que se ha quedado sin vida por culpa del desamor, intenté recuperarla aferrándome a los recuerdos. Pero fue inútil: los recuerdos no son la vida, al igual que el mapa no es el territorio. Toda aquella obsesión empezó poco después de…»

No pudo seguir leyendo. Las lágrimas corrían por sus mejillas y acabaron humedeciendo las cuartillas. Se recostó y cerró los ojos, respirando profundamente para intentar tranquilizarse.

—Esto…, esto no es posible…

El corazón le aporreaba el costillar desde dentro amenazando con abrirle un boquete en el pecho, mientras los dolores del abdomen se le acentuaban por culpa de la ansiedad.

—No, no puede ser…

Percibía claramente que le faltaba el aire. Como un corredor de maratones agotado tras la carrera, que en un despiste se ha metido en una cámara de vacío, Ana hacía esfuerzos brutales para hinchar los pulmones, pero las aletas de su nariz se aplastaban contra el tabique nasal al no hallar nada que sorber: vacío, aquel taco de folios había creado en la atmósfera de la biblioteca el más hermético e inhumano de los vacíos.

—Esto no puede estar pasando…

Ese día no fue al hospital. Todas sus horas las pasó en el viejo sofá chéster alternando el llanto con la lectura, y ya al anochecer, con los ojos cansados y arrugados por la sal, supo que aquel misterioso regalo envenenado iba a acabar de destrozarle su ya maltrecha vida.

INVIERNO

En cuanto Víctor enfiló la calle Colón, con todos sus semáforos encadenados en verde, presionó el acelerador del Aston Martin y al instante pudo sentir cómo el asiento de piel se pegaba con fuerza a su espalda. Sin previo aviso frenó con brusquedad y dobló por Isabel la Católica al tiempo que reducía dos marchas. El coche derrapó al salir disparado.

—¿Qué son, 450 caballos?

—456 para ser exactos, señor Vega.

A esas horas el centro de Valencia estaba atestado de gente que giraba la cabeza asustada al escuchar el rugido que el motor emitía bajo presión. El vendedor del concesionario, sentado en el asiento del copiloto, se agarraba con fuerza a la manilla de la puerta como si en ello le fuese la vida.

—Tal vez, señor Vega, no debería usted ir tan deprisa por esta zona…

La voz temblorosa y entrecortada fue amordazada por un frenazo que dejó sobre el asfalto de la Gran Vía unas marcas negras de neumático y olor a goma quemada. Los viandantes se quedaron mirando atónitos aquel coche que había estado a punto de impactar contra un autobús urbano que se incorporaba a la circulación desde su parada.

—Veo que anda bien de frenos, pero culea un poco en las curvas.

El vendedor se quedó mudo mientras el cliente contravolanteaba con brusquedad para evitar a un taxi que se había detenido de repente ante la señal de un viandante.

—Señor Vega, veo que sabe usted lo que se hace, pero…

—Soy solo un buen aficionado.

—… pero recuerde por favor que vamos montados en un automóvil que vale doscientos mil euros.

La avenida del Puerto, con sus dos kilómetros que unían el centro de la ciudad con el mar, se abría ante ellos desplegando una perspectiva de semáforos que justo en aquellos instantes mudaban uno tras otro del rojo al verde. El vendedor tragó saliva: aquel rosario de lucecitas recordaba a una pista de aeropuerto invitando a despegar. Una pista de aeropuerto abarrotada de vehículos.

—No se preocupe por nada. —El cliente se mordió la lengua para intensificar su concentración—. Usted y este coche están más seguros que un bebé en el regazo de su madre. Disculpe si soy un poco brusco en la conducción, pero me gustaría llegar al puerto en una tacada de semáforos.

El vendedor, incapaz de hablar, lo miró aterrorizado.

—No ponga esa cara, ya sabe: estos coches, si no los exprimes al máximo, no sabes lo que son capaces de ofrecerte.

El Aston Martin saltó encabritado, con sus ruedas silbando histéricas, en cuanto apretó a fondo el acelerador. En menos de cinco segundos ya evolucionaba a más de 150 kilómetros por hora sorteando el tráfico de la avenida. Los radares de proximidad del coche, a esa velocidad y rodeados de vehículos, zumbaban como locos alertando del peligro. El último semáforo que daba paso a la gran rotonda del puerto se puso en ámbar y en ese preciso instante el automóvil lo rebasó ante la mirada atónita de un policía municipal al que tan solo le faltó ondear la bandera a cuadros negros y blancos.

—¡Lo hemos logrado! *Fastest lap!*

Las estructuras metálicas con forma de costillar de dinosaurio del Museo de las Ciencias que Santiago Calatrava había diseñado para la ciudad pasaban ahora fugaces junto a ellos. El vendedor tartamudeó unas palabras para intentar tranquilizarse.

—Qué bonita está quedando Valencia…

Con facciones reconcentradas, el conductor no giró el rostro para responder: parecía tener mucho en lo que pensar al mando de aquella máquina.

—¿Se refiere a ese zurullaco?

Con la cabeza señaló al Museo de las Ciencias. El vendedor seguía tartamudeando.

—Bueno…, a mí me gusta…

Su cliente le atajó sin contemplaciones.

—¡No me joda! ¿Diez edificios pegados el uno al otro, todos en el mismo color y con la misma estética? —Esbozó un rictus burlón—. Es como si tienes tu primera cita con una chica y te aparece con zapatos rosas, medias rosas, falda rosa, blusa rosa y lacito rosa, ¿qué haría usted?

El vendedor, con la garganta seca por el miedo, fue incapaz de responder.

—Le diré lo que yo haría: echar a correr para escapar de esa garrula, dejando una estela de fuego en la huida. Tenga cuidado con esas mujeres y con esa arquitectura, amigo mío: La belleza está en los contrastes, demasiado rosa en tu vida hace subir el azúcar.

Para reafirmar sus palabras el conductor le bajó de nuevo dos marchas al Aston Martin, que respondió rugiendo lleno de furia. El vendedor tan solo acertó a articular un susurro suplicante.

—Señor Vega, creo…, creo que deberíamos volver al concesionario. Mi jefe ya debe de estar un poco preocupado…

—Como quiera, no le hagamos esperar. Démonos prisa.

Aquellas últimas palabras pusieron los pelos de punta al vendedor, que se agarró con más ahínco a la manilla: horrorizado, comprobó que el sudor de sus manos había dejado una marca de humedad sobre la piel de búfalo normando de la tapicería.

Media hora más tarde Víctor Vega salía del concesionario y subía a su Porsche 911 Classic, un ST de 1970. No era lo mismo que un Aston Martin DB9, pero seguía siendo un deportivo muy digno que había sabido envejecer. Sin embargo, había días, especialmente aquellos en los que el desánimo lo inundaba, que necesitaba emociones más fuertes, emociones que su entrañable Porsche no le podía ofrecer. Esos días se rasuraba con un apurado perfecto y se ponía su mejor traje para repasar la revista *Automóvil* del último mes, que siempre reposaba en el bidé. Elegía algún último modelo que sabía que jamás

iba a poder comprarse con su magro sueldo y se dirigía al concesionario para hacerse pasar por un cliente adinerado que, antes de decidirse, obviamente, quería probar el vehículo: no hacía daño a nadie, pensaba él, y aquel chute de adrenalina siempre le devolvía el ánimo.

Mucho más relajado tras su experiencia con el Aston Martin, condujo su Porsche hacia la universidad. El viejo edificio de la facultad de Filología no tenía parking para profesores y aparcar a esas horas en Blasco Ibáñez era poco menos que misión imposible. Dejó el coche en doble fila, iba a ser rápido, tan solo quería recoger un material para la clase de prácticas del día siguiente.

—Buenos días…, hola…, buenos días…

Era hora de descanso entre clase y clase, así que se dejó puestas las gafas de sol para no tener que saludar ni enfrentar las miradas curiosas que le dirigían muchos estudiantes: él era un personaje popular en la facultad, y llevaba dos semanas apareciendo en la televisión un día sí y otro también. Si a esto se le sumaba lo escabroso de toda aquella historia, las miradas eran comprensibles. «Que les den a todos por el culo.»

—Conchi, reina mora, ¿cómo va?

El departamento de Literatura Española se encontraba en el sexto piso. Conchi, una de las secretarias, levantó la cabeza del teclado del ordenador al oír el saludo. Como siempre, iba engalanada como si ella fuese el abeto del Rockefeller Center y todos los días Navidad.

—Víctor, don Claudio te anda buscando. Y con cara de pocos amigos.

La secretaria sonreía mientras elevaba los ojillos por encima de sus gafas para la presbicia. En ellos Víctor no pudo ver más que cariño. Ni morbo, ni curiosidad, ni reproche alguno. Solo cariño. La abrazó por detrás, le atenazó las manos y estampó un beso de granadero en la mejilla caramelizada de aquella cincuentona rolliza y simpática.

—Conchi, decir que Yo Claudio tiene cara de pocos amigos es muy optimista. Ya sabes que no tiene absolutamente ningún amigo.

Ella simuló escandalizarse y le chistó entre risas.

—Calla, loco. Si el señor catedrático oye lo que dices y te ve besándome aunque sea en la mejilla, nos excomulga a los dos.

—Tú no me has visto ni sabes nada de mí, lo último que me apetece en estos momentos es un sermón de la montaña. Te debo una. —Le dedicó una sonrisa desde el vano de la puerta—. Por cierto, qué bien hueles… Si no fuese porque estás casada y trabajamos juntos…

—Anda, anda, lárgate, zalamero. Qué más quisieras tú… ¡Demasiado barco para tan poco marinero!

Se lanzaron un beso al aire como despedida. Víctor entró en su despacho y cogió la carpeta con las notas para la clase del día siguiente. Salió rápido y, para no esperar el ascensor, bajó por las escaleras. A la altura del tercer piso alguien le dio unos golpecitos en el hombro.

—Víctor, ¿ya no saludas?

Era Cécile, una de las chicas con las que compartía casa: el divorcio lo había dejado sin su apartamento y poco menos que arruinado, por lo que desde hacía cinco meses convivía con dos erasmus belgas y un alemán. Tuvo cuidado de que ninguno fuese alumno suyo, no quería más problemas.

—Me gusta esa *ameguicana* que llevas.

Cécile hablaba un español perfecto, pero a sabiendas de lo sexi que resultaba su delicado acento francés, se empeñaba en conservarlo.

—Perdona, Cécile, no te había visto. Ando un poco atolondrado, dejé el coche en doble fila.

—Te vi anoche en el *telediaguio*.

—Sí, me ha visto media ciudad. —Víctor respondió esquivo, no tenía ganas de hablar del tema.

—Si te *sigve* de consuelo, das muy bien en *cámaga*. Estabas muy guapo.

Lo miraba comedida con sus ojos almendrados y húmedos de antílope joven. El profesor casi podía escuchar a las hormonas recorrer con estruendo el cuerpo de la muchacha: Cécile llevaba ya tiempo buscándole las vueltas, pero Víctor no quería volver a caer en aquella dinámica que tantos disgustos le había traído.

—Gracias, Cécile, la verdad es que estos últimos días no están siendo fáciles. Cualquier apoyo es bienvenido.

Ella se pasó un mechón de su cabello negro por detrás de la oreja y con los dedos de las dos manos empezó a acariciarlo como si quisiese sacarle lustre. Se había quedado un par de escalones por encima de él y lo miraba desde arriba.

—¿*Vendgás* a cenar esta noche a casa? Voy a preparar las coles de Bruselas esas que tanto te gustaron, con la receta de mi madre.

—Tengo el cumpleaños de Sofía, no podré. Y es una lástima… —Entornó los ojos, coqueto—. Sabes que me encantan tus coles de Bruselas.

Contempló simpático los enormes pechos de Cécile, que, a la altura justa de sus ojos, lo vigilaban como dos misiles teledirigidos que él a duras penas había conseguido esquivar durante los últimos meses.

—¡Víctor!

—¿Qué?

Tenía confianza suficiente como para gastarle a la joven belga ese tipo de bromas: dos semanas después de llegar él a la casa le dieron una fiesta de bienvenida y, con el alcohol y la excitación, acabaron acostándose. Víctor se juró que esa había sido la primera y la última vez; lo que menos necesitaba era un romance con una estudiante de la facultad con la que compartía vivienda. Pero desde entonces Cécile no había dejado de rondarlo, a pesar de que su novio la llamaba todas las noches desde Brujas.

—*Egues* un cochino. —Ella le dio una palmada en el pecho a modo de regañina fingida y, sonriéndole, humilló los ojos con suavidad para componer un gesto dócil, mil veces ensayado, con el que pretendía aparentar timidez—. No te *pogtas* nada bien conmigo…

—Cécile, tengo que irme. Mi hija me espera.

—De acuerdo, pero recuerda que aún me debes una cena. Dale un beso a Sofi de mi *pagte*.

El tráfico hacia La Eliana era fluido. Salir de Valencia a esas horas era fácil, pero en sentido contrario un intenso chorro de vehículos llenaba la autopista: la semana siguiente era Noche-

buena y los residentes de las urbanizaciones necesitaban hacer sus compras navideñas en la ciudad. Al aparcar el Porsche en la puerta del chalé, Víctor miró su reloj. Llegaba media hora tarde.

«Razonable.»

Bajó del coche y sintió frío. Con su traje caro y elegante con el que engañaba a los vendedores de coches lujosos iba a congelarse, en La Eliana la temperatura siempre era tres o cuatro grados menor que en la ciudad. Ese día debían de andar por los diez grados, con esa temperatura los muñecos de nieve que presidían muchos de los jardines de aquella avenida de chalés clónicos, obviamente, eran de poliuretano blanco. La fachada de la casa donde vivía su exmujer con su nueva pareja y con su hija Sofía estaba decorada con globos de colores que anunciaban una fiesta de cumpleaños. En la puerta, escrito con espumillón, podía leerse un mensaje acogedor: «Seas quien seas, te deseamos Feliz Navidad y próspero año 2012». Víctor suspiró melancólico y golpeó con los nudillos la puerta.

Desde su despacho de la planta 47 de la Torre de Cristal, en la Business Area, Pilar Boluda podía contemplar una panorámica espectacular de todo Madrid.

—Señora Boluda, los señores Balan han llegado.

La agente literaria observó el reloj de sobremesa antes de presionar el interfono. Las once en punto. Esa visita la inquietaba. No era la primera vez que trataba con aquellos tipos, pero bajar a las alcantarillas del negocio siempre le resultaba desagradable. Esa gente le recordaba otra época de su vida, en la que los escrúpulos no habían sido una prioridad para ella.

—Hazlos pasar, Nati.

Una época ya muy lejana que Pilar Boluda quería olvidar. Buscó consuelo en la fotografía del Santo Padre Fundador que descansaba sobre su escritorio. El espíritu de aquel gran hombre era su norte. Ignacio de Loyola, Luigi Giussani, Kiko Argüello, Escrivá de Balaguer, Juan Bosco… Ella había estudiado en profundidad las biografías de aquellos grandes hombres, pero con ellos no había sentido la llamada. Sin duda, sus res-

pectivas organizaciones religiosas realizaban una labor cristiana admirable, pero no tenían el espíritu que el Santo Padre Fundador había conseguido imbuir en el Sacrum Corpus: ese que embriagaba a millones de adeptos en todo el mundo, el espíritu que a ella le daba consuelo y ánimo para afrontar su enfermedad.

—Adelante, caballeros, pasen y siéntense.

Cada vez que se encontraba con los Balan, la agente literaria se preguntaba por los misterios de la genética: ¿cómo podían ser hermanos aquellos dos hombres? El de menor edad y estatura tenía aspecto de mantis religiosa, con un cuerpo nervudo que parecía alimentarse de electricidad. Siempre agitado, lo observaba todo con ansiedad. Su hermano, por contra, era de un tamaño descomunal. Tenía una musculatura hipertrofiada que parecía querer reventar las costuras del tres cuartos de cuero negro que nunca se quitaba de encima. Su cuello de toro sostenía un semblante anguloso que jamás sonreía y que a Pilar Boluda le recordaba a los rostros de las esculturas del Valle de los Caídos.

—¿Y bien? ¿Qué noticias me traen? —La agente literaria se quedó observando al hermano con aspecto de mantis religiosa; sabía que el otro jamás hablaba.

—Buenos días, señora Boluda. Siempre es un placer verla. Los datos que tenemos sobre el señor Vega tras dos semanas de seguimiento e investigación son alentadores, pienso yo, muy alentadores. —Hablaba un español perfecto, pero de dicción trabajosa, con un leve acento extranjero—. No sé cuáles serán sus intereses, señora Boluda, pero el señor Vega tiene más puntos débiles que la seguridad del Carrefour. —Se rio entrecortadamente.

Pilar no sabía de dónde procedían los hermanos, ni siquiera sus nombres reales. El amigo que le dio el número de teléfono de contacto solo le dijo que eran de plena confianza: a cambio del dinero suficiente, hacían cualquier cosa que se les pidiese, con una discreción absoluta. Justo lo que ella necesitaba.

—Al grano, cuénteme lo que hayan averiguado.

—Disculpe, revisaré mis notas, no quisiera olvidar nada…

El hombre eléctrico, con el nerviosismo del que parece que se está orinando, sacó una libretita de camarero de bar llena de garabatos y la repasó saltando de hoja en hoja. Mientras, el gigante miraba a la agente literaria con una indiferencia obtusa, como si le diese exactamente igual que su hermano eléctrico le ordenase violarla y desmembrarla allí mismo, o decidiese que era mejor montarle a aquella anciana una fiesta de cumpleaños.

—Es para hoy. No tengo toda la mañana.

—Disculpe la demora, señora Boluda, no quisiera cometer ningún error…, aquí está. El señor Víctor Vega trabaja como profesor ayudante en el departamento de Literatura Española de la facultad de Filología de la Universidad de Valencia…

—Eso aparece en Internet. Cuénteme cosas que no sepa.

Pilar Boluda sabía por experiencia que con aquella gente más valía no contemporizar ni mostrarse amable. Solo profesional, sobre todo teniendo en cuenta lo que cobraban.

—Tan impaciente como siempre, señora Boluda… —Mordisqueó una risilla inquietante—. Bueno, sigamos… Está divorciado y su exmujer es sargento de la Guardia Civil, destinada en la comandancia de Sagunto. Las infidelidades por parte del señor Vega fueron la causa principal de la separación. Tienen una hija en común, Sofía, de seis años, que vive con su madre y la nueva pareja de esta.

La agente literaria se dispuso a atravesar al hombrecillo eléctrico con una pregunta que más bien parecía un arpón.

—¿Le tiene que pasar una pensión a su exmujer? ¿Cómo anda de dinero el señor Vega?

Nicolae Balan amoló su sonrisilla, afilándola tanto que acabó transformándola en una discreta mueca sarcástica: a la agente literaria le pareció más que nunca estar hablando con una siniestra mantis religiosa.

—Como dirían ustedes, los españoles, en una expresión que me parece adorable, está más tieso que la mojama. Su sueldo de mil quinientos euros netos se queda en la mitad tras pasarle la pensión de manutención a su exmujer. —Antes de proseguir consultó de nuevo su libretita—. Tras el divorcio se quedó sin el piso y, por si eso fuese poco, tiene una deuda de

juego desde hace tres años con unos mafiosos rusos de Benidorm que le sangran trescientos euros al mes.

Pilar Boluda se incorporó en su butaca. El menor de los Balan, al advertir esa muestra de interés, se esponjó de gusto antes de proseguir:

—El tipo es vicioso pero listo, sabe que como un mes deje de pagar su deuda aparecerá al día siguiente en un contenedor trinchado como un bistec. Conozco a esos rusos por otros asuntos y son gente muy profesional y de pocas bromas, montan partidas de póquer fuertes en la costa de Alicante. El tal Víctor se metió donde no debía y en una noche le soplaron los quince mil euros que llevaba encima y otros nueve mil que pidió a crédito. Pero se ha reformado, por lo visto el susto le sirvió de escarmiento, lleva tres años sin tocar las cartas.

—Vaya, vaya…, interesante.

El hombre se relamió satisfecho ante la aprobación de su cliente.

—La verdad es que es un milagro que subsista. De hecho, vive en una casa semiabandonada en el barrio del Carmen de Valencia, con tres estudiantes extranjeros. En el banco tiene un saldo medio de doscientos euros, pero conduce un Porsche clásico por el que conseguiría fácilmente treinta mil euros. Una preciosidad, si me lo permite. Es un enamorado de los automóviles. De vez en cuando acude a concesionarios de lujo haciéndose pasar por comprador, y prueba deportivos de alta gama de una manera un tanto… agresiva. Nos ha costado conseguir no perderlo en esas ocasiones.

—*Da, da, a fost amuzant.*

Por primera vez desde que recordaba Pilar, Vlad Balan había hablado. Parecía un gorila esperando seriecito cacahuetes tras los barrotes del zoo, pero ni su hermano eléctrico le prestó atención.

—El tipo, además de su trabajo en la universidad, es colaborador habitual en una revista literaria que se edita en Zaragoza; la han montado unos amigos suyos. Es alternativa y se distribuye solo por correo entre gente…, no sé cómo decirlo, ¿intelectual? Espere y le digo el nombre.

Nicolae Balan se puso a rebuscar entre sus notas, pero la agente literaria no le dejó acabar de hacerlo.

—No se moleste, la conozco, se llama *Art&Mañas*.

—Sí, en efecto, señora Boluda, ese es el nombre. —Repasaba su libretita entre risas nerviosas que en otro tipo de persona hubiesen recordado a un primer beso—. Estos aragoneses…, simpático juego de palabras… Bueno, a lo que íbamos, esa colaboración le permite unos ingresos extra que lo ayudan a sobrevivir. En su pequeño mundo universitario no es un don nadie; tiene prestigio; acude a congresos; da conferencias, seminarios; tiene numerosas publicaciones profesionales fruto de sus investigaciones… No quiero decir que vayan a invitarlo mañana a escribir en *Babelia* o en *El Cultural* de *El Mundo*, pero la verdad es que académicamente es un hombre respetado. También ha viajado a Estados Unidos varias veces a dar clase de Literatura Hispana en buenas universidades del medio oeste, pero todo ese dinerillo que ha ganado, con el divorcio, se esfumó. El señor Vega no cuenta tampoco con ayuda familiar, es hijo único y sus padres han fallecido.

—Ya veo… Le esperan entonces unas Navidades solitarias. —No había sarcasmo en el tono de la agente literaria. Tan solo un sabor férrico.

—Pues considerando que el señor Vega no tiene pareja estable, sino tan solo relaciones ocasionales mayormente de índole sexual, y que su exmujer vive con otro hombre, es más que probable que, en efecto, pase las Navidades solo. Pero lo mejor… —Hizo una pausa que pretendía ser dramática— es que tiene una denuncia por violación.

El menor de los hermanos Balan observó a Pilar Boluda esperando una reacción de sorpresa ante sus palabras. Pero la agente literaria ni se inmutó.

—Sáltese esa parte. Ya me he informado por otra vía.

A Nicolae Balan le sorprendió aquella respuesta. En su rostro seco como la yesca, de palidez tísica, apareció una mueca llena de decepción.

—Señora Boluda, creo que debería escucharme…

—¿En la academia de matones no asistió a clase el día que explicaron que hay que obedecer sin rechistar al que pa-

ga la factura? —Pilar Boluda estaba cansada y no quería tratar con aquellos tipos siniestros más que el tiempo imprescindible—. Ya le he dicho que ese asunto lo he averiguado por otra vía.

Al percibir que le faltaban al respeto a su hermano, el mayor de los Balan giró su cabeza de bisonte hacia Nicolae con la precisión y frialdad con la que lo hubiese hecho la torreta de un tanque. Sus ojillos tristones esperaban instrucciones: ¿acaso debía meter en vereda a aquella vieja impertinente?

—Tranquilo, Vlad, todo va bien…

El gigantón emitió un gruñido y atravesó con la mirada a la agente literaria, que permaneció con el rostro inmutable. Si el cerebro de Vlad Balan no hubiese sido tan limitado, habría sabido que, incluso para un exmercenario curtido en la guerra de los Balcanes, no es fácil asustar a alguien que ya ha sido condenado a muerte. Su hermano, conocedor de ese principio básico, volvió a hablar con sonrisa postiza.

—Señora Boluda, disculpe a Vlad, se pone nervioso con facilidad… Usted ya sabe que nosotros estamos aquí para servirle.

Le había costado un gran esfuerzo averiguar los detalles más escabrosos de toda aquella historia de la violación y le resultaba molesto haber perdido el tiempo. Pero se consoló: el cliente pagaba, el cliente mandaba. Siguió rebuscando entre sus notas cuando, sin previo aviso, Pilar Boluda le interrumpió con voz oleosa.

—Dígame una cosa, señor Balan, ¿cree que el tal Víctor Vega es un tipo que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por dinero?

La mantis religiosa no esperaba esa pregunta y tuvo que reflexionar. Se preciaba de ser un buen conocedor de la psicología humana: llevaba años inmerso en un mundo lleno de gente desesperada, y creía saber discernir entre los diferentes tipos de desesperación y los efectos que esta causaba.

—Pregunta difícil, señora Boluda… Obviamente, su situación económica no es buena, pero tampoco se puede considerar dramática. Por otra parte, nunca ha demostrado demasiados escrúpulos en temas de mujeres o vicios. Exceptuando las drogas, parece que los tiene todos. Bebe en exceso y lo intenta compen-

sar al día siguiente haciendo deporte; engañaba a su mujer, pero siente pasión por su hija, a la que le aterroriza decepcionar… —Se quedó pensativo durante unos segundos—. Yo diría que el señor Vega, a pesar de sus incoherencias, tiene conciencia, valores.

—Valores… —La agente literaria masculló la palabra entre dientes.

—En efecto, valores. Si me lo permite, le narraré una anécdota que lo confirma.

Mientras esbozaba una sonrisilla que parecía exigencia del guion, empezó a revolver de modo compulsivo las hojas de su libretita.

—No fue fácil averiguar esto… Hace un par de años, en una noche de borrachera poco después del divorcio, conoció a una camarera en una discoteca. Se acostaron un par de veces, nada serio para él, aunque la chica pareció encariñarse. Pues bien, al poco tiempo ella tuvo un accidente de tráfico grave. Estuvo ingresada varios meses, tuvo que someterse a seis o siete intervenciones quirúrgicas. Cualquier otro hubiese desaparecido, total, habían sido tres… —Meditó la palabra— revolcones. Era obvio que él no estaba interesado en la chica, era una camarera atractiva pero vulgar. Sin embargo, nuestro amigo Víctor la estuvo visitando en el hospital todas las semanas que estuvo ingresada. Cuando se recuperó, cortó el contacto con ella radicalmente.

Enroscó la mirada para poder así estrangular a su interlocutora.

—Parece ser que nuestro hombre tiene una ética un tanto particular. Cuando se ve envuelto en una situación que lo compromete, aunque sea involuntariamente, es consecuente con ese compromiso hasta el final, pero intenta mantenerse emocionalmente distante. Es lo que los americanos llamarían un *emotional detached*.

El rostro de Pilar Boluda no manifestó ninguna reacción ante las palabras del menor de los Balan. El hombre continuó:

—Es tozudo y constante en su trabajo, lucha por lo que quiere de una manera obstinada y noble. Salta la línea de vez en cuando, sí, pero no es mala gente, lo hace impulsado por su personalidad… —Dudó unos segundos— epicúrea, creo que sería la palabra adecuada.